



NOTAS

JUNIO DE 1923. ¿ ACTUALIDAD ?

*Reburujando entre archivos de estudios nos hemos tropezado con esta joya que muestra, a nuestro juicio, la concepción de profesionalidad de ese gran maestro que fue **Agustín Nieto Caballero**. Hemos creído conveniente dar a conocerla, a las nuevas generaciones, dado lo circular de la situación de la formación inicial de los profesores. Una sugerencia: Leerlo en la versión de las condiciones actuales de nuestro sistema educativo. ¿Qué semejanza tiene con la formación científica de profesionales de la educación? "Quien no conoce su historia está condenado a repetirla" se afirma con cierta frecuencia. Ustedes amables lectores ¿ Qué opinan?*

PPDQ-Equipo Pedagógico

Destinatario: Pedro Nel Ospina
Remitente: Agustín Nieto Caballero

Bogotá, junio 20 de 1923

Excelentísimo señor
GENERAL PEDRO NEL OSPINA
Presidente de la República

Exmo señor:

Animado por un ardoroso sentimiento de amor patrio se atreve uno de vuestros más modestos

conciudadanos a distraer por breves momentos vuestra atención, con un problema que se os va quedando olvidado en medio de las múltiples elevadas y sabias iniciativas que vienen desde un comienzo caracterizando vuestra administración. Políticamente os habéis mostrado a la altura de los más eximios jefes del antaño a sangres y fuego, no habéis hecho el más pequeño esfuerzo para respetarlas, y estáis presenciando, en aplauso de vuestra actitud, el caso insólito de un Jefe de Gobierno que no encuentra oposición entre sus adversarios políticos, no obstante las normas inflexibles de la no-cooperación, y en medio de democracia libre, en donde el heroísmo de decir o de gritar lo que se siente y piensa ya no es sino pantomima de heroísmo, porque no engendra el más mínimo peligro y puede convertirse para quien quiera en hábito cotidiano.

Como Gerente de los negocios nacionales habéis mostrado la cordura del hombre inteligente y maduro que no improvisa porque tiene de tiempo atrás estudiados los problemas cardinales de su país, y sabe escoger sus colaboradores y acatar el consejo de los hombres más versados en la ardua ciencia de las finanzas públicas y en general de la organización administrativa de una nación.

Más para que el fruto de todas vuestras felices iniciativas llegue un día hasta el propio corazón de la República, urge que volváis ahora mismo los ojos hacia el intrincado problema de la educación nacional. Las palpitaciones de progreso material que empiezan a llegarnos no logran sacudir todavía la escuela fosilizada que forma -que deforma debiéramos decir- desde hace muchas décadas nuestra mente ciudadana.

Habéis notado sin duda cuan hondo e ingenuo es el orgullo que ponemos en proclamar que en Colombia -país único!- hemos pasado de un salto de la cabalgadura al hidroavión. Lo decimos con el mismo orgullo de los hombres que de la noche a la mañana cambian de fortuna y se pavonean de gente aristocrática; empero fácil es advertir que en uno y otro caso el salto dado es más aparente que real. Nuestra ignorancia y nuestra incultura son las mismas de ayer, y en la gran familia de las naciones avanzadas nuestra posición es desgarrada y vacilante, pese al engrdeído concepto que sobrevive a todas nuestras desventuras.



Ha venido a nuestra mente la nota de progreso que nos trae el hidroavión, y se nos ocurre pensar que el hidroavión es un símbolo. Pasa por sobre nuestros míseros villorrios como pasa un cometa, envuelto en el misterio de lo inconocible.

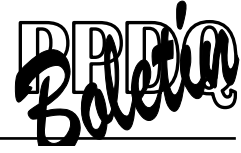
En un principio los chiquillos de las aldeas ribereñas se sobrecogieron de pavor con la presencia y el estruendo del nuevo monstruo que anunciaba un cataclismo, y aún se cuenta de muchos que elevaron hacia él sus oraciones. Luego, así como se acostumbra el ojo del animal y del hombre a los más esplendentes fenómenos de la naturaleza cuando ellos se tornan habituales, así también los ojos de los olvidados moradores del Magdalena familiarizándose con la vista del monstruo inofensivo que regularmente volaba sobre su cabeza cuatro veces en cada cuarto de luna, y continuó siendo una misma la miseria del espíritu y uno mismo el abandono material y moral de aquellas generaciones raquílicas que vegetan calladamente bajo el vuelo raudal de las óptimas naves europeas y bajo las ondas hertzianas de la más potente estación inalámbrica del continente.

Sí; los adelantos materiales del siglo van llegando, pero ni el aeroplano, ni el tren eléctrico, ni el cable aéreo, ni la draga monstruo, lograrán sacudir la entraña de este pueblo resignado y triste como lo lograría, en feliz gestación, la reforma sustancial de la escuela que hoy tenemos. Esta sí que es una reforma básica, una reforma sin engañosos espejismos puesto que va de dentro para fuera, puesto que toma el elemento hombre y lo convierte en fuerza productora y consciente. Las naciones se consolidan ante todo por sus hombres, y mientras cada generación que llega no haga cuanto le incumbe por formarlas una inquietud patriótica, debe vibrar sin descanso en lo más íntimo de nuestro espíritu. Por nuestra parte obedecemos al impulso categórico de este mandato, que consideramos sagrado, y a riesgo de parecer tercios e inmóviles en nuestro pensamiento, volvemos sobre ideas que de tiempo atrás hemos acariciado como fórmula de redención.

Situado el estudio del problema en su raíz, no es difícil hallar que el mal primordial de nuestra escuela actual reside en la carencia casi total de educadores. y qué vale la escuela sin el

espíritu amable y estudioso que le da calor y luz? Qué vale sin el alma comprensiva que enseña y educa con la alegría que sólo da la vocación? Qué vale mientras no sople en ella el cálido aliento de la idea hecha sentimiento y del sentimiento hecho acción? Algunos viejos maestros hablan de su experiencia. La experiencia es sin duda una fuerza para el experimentador, más para el hombre rutinario es precisamente lo inverso: es un peso muerto; es la cristalización del error; es la pereza convertida en hábito. Así es como un fósil representa una experiencia de dilatado tiempo.

Con maestros de esta suerte de experiencia, las estadísticas de aumento en nuestra población escolar resultan de una ironía dolorosa. Lo que aumenta en un tanto por ciento son las víctimas de la escuela pública, podríamos decir con la mismas elocuencia y la misma certeza de los números que se enfilan secamente, para que hablen solos, en las Memorias Oficiales. No; no será nunca el número de escuelas y la fría estadística de los asistentes escolares lo que mostrará la grandeza y el progreso cultural de un pueblo. Sólo la calidad de la escuela puede sugerirnos la clara idea de un porvenir venturoso para la nación. Sin duda se os habrá ocurrido alguna vez sentaros en el banco de una de nuestras escuelas públicas y observar con atención desprevenida la manera como allí se enseña. y cómo hasta vuestro oído habrá llegado ciertamente ese maravilloso rumor de vida nueva que nos trae la obra de Dewey, de Ferrière, de Decroly, de Claparède, de Kerschesteiner y de tantos otros fervorosos apóstoles de la redención escolar que conmueve hoy a Estados Unidos y a Europa, seguros estamos de que habéis sentido la tentación de fijar sobre la puerta de cada escuela pública un rótulo en grandes letras que dijera así: "Se necesita un maestro". Más para hallar uno sólo, buen trecho habría que andar. Con certeza pudiéramos decir que en pedagogía hemos llegado al reinado de la mediocridad, y en él continuaremos experimentando y mientras una educación más práctica y más idealista a un mismo tiempo no haga estallar los viejos moldes que comprimen el cerebro y el corazón del niño. Infelices niños los de nuestras escuelas públicas! Cuántos hay que no saben sonreír, o que si sonríen se ocultan del maestro para hacerlo, porque la alegría es irrespeto!



Cuántos hay que sienten hambre y frío y así se les obliga a repetir las abstrusas enseñanzas que no entienden y que jamás les servirán de nada! En cuántos se habrá apagado la llama de una viva inteligencia al sople frío de la incomprensión! y en cuántos se estará deslizando ya, bajo la noble llama extinguida, la sierpe del rencor que envenena las almas y las torna enemigas de la sociedad.

Preparación inadecuada del Magisterio: he ahí el mal en concreto! En una reciente, muy bien inspirada circular del señor Ministro de Instrucción Pública se apunta con espíritu franco esta grave dolencia "Es un hecho, leemos allí, que los males de que adolece nuestra instrucción pública son principalmente de técnica, es decir, de métodos y de sistemas". Aquí el señor Ministro inicia una crítica certera, quizá no intencionada, contra nuestra Escuela Normal, fuente madre de los sistemas anticuados que él mismo reprueba, más nos parece que no se atreve a indicar el remedio drástico que el mal requiere; no se dejen dominar por la rutina, propendan por una educación integral, armónica, racional; propongan ellos un tanto utópico! Reunidos todos los abnegados servidores que han buscado en los tétricos claustros de nuestras escuelas un resignado y silencioso vivir, qué cambios pueden proponer ellos si por su mente no cruzó nunca el aire fresco y libre de las reformas? Dónde están acaso los espíritus renovadores que nos haya dado la Escuela Normal? No los veo por ninguna parte.

Ahora bien, si esto es así, como lo es de toda evidencia, la traída de una gran misión de técnicos en educación pública es una necesidad del momento ¹. Hace ya algunos años, en tiempos de la Administración Concha, clamábamos con todas nuestras fuerzas por la realización de esta idea y por el envío de jóvenes colombianos a los grandes centros extranjeros en donde hoy se estudian a fondo y al día las Ciencias de la Educación. "Que no se nos siga asustando, decíamos entonces, con el fantasma de las economías. Con él servidas ad honorem, se sostendrían no menos de doce en el extranjero". El pensamiento y la frase vuelven a ser actuales, y ya hoy no serían doce sino quince jóvenes los que podríamos sostener con un gasto mensual idéntico al que ocasiona uno de nuestros nuevos Plenipotenciarios. Pensad en lo que significaría para la República el cambio de cuatro diplomáticos por

sesenta maestros, seleccionaría precisamente ya los más aptos, trazaría para estos claras orientaciones y les fijaría inteligentemente el itinerario de su viaje de estudio.

Una misión Kemmerer para la educación, una misión belga o suiza o alemana dirigida por un hombre conocido ya en el mundo por sus obras, por su espíritu, por su ciencia: tal sería la única que podría dejar honda huella entre nosotros.

El estudio del problema universitario requeriría consideraciones de diversa índole. Es evidente que sin la base de una sólida cultura y sin las graves normas educativas que forjan el carácter y el sentido moral del estudiante formaremos una juventud universitaria superficial e incoherente. Más éste es un problema que merece ser tratado con espacio y tiempo, y ya, por hoy al menos, no es justo que distraigamos largamente vuestra atención, reclamada en esta hora por múltiples preocupaciones.

El alto sentido patriótico que guía vuestra conducta de gobernante sabrá interpretar en estas líneas el sentimiento que las ha inspirado.

De vuestra Excelencia, muy respetuosamente.

AGUSTÍN NIETO CABALLERO

¹ La Ley 122 de 1890 da al Gobierno las más amplias autorizaciones para traer profesores extranjeros para la Universidad Nacional y pedagogos para las Escuelas Normales.

ESPERE EL No. 36 DE . . .

